

LAS ARMADAS DEL MUNDO EN EL DECENIO 1980 *

Almirante Sr. José T. Merino Castro

Es para mí un gran privilegio el poder encontrarme presente, una vez más, entre tan distinguidas autoridades navales, para exponer un tema apasionante, como es la tarea de las Armadas del mundo libre en el decenio en que vivimos. Ya tuve la oportunidad de tratar materias muy parecidas, e interrelacionadas, tanto en el Cuarto Simposio Internacional del Poder Naval como en el Quinto, realizados en 1976 y 1979, respectivamente. Al releer mis presentaciones anteriores he podido comprobar que lo expuesto en ellas tiene plena validez.

Dos circunstancias de la vida y de la política internacionales otorgan una relevancia especial al papel que deben desempeñar las Armadas del mundo libre, entendiendo por tal ese conglomerado de naciones que pueden deter-

minar sus respectivos destinos, sin someterse a la influencia o a la voluntad de la Unión Soviética.

La primera de ellas es una situación que surge del mismo progreso material de la Humanidad. Se han hecho más expeditos los medios de transporte y, a la vez, se han ligado las economías de las naciones entre sí, de manera cada vez más estrecha y dependiente. Señalar la existencia de esta primera circunstancia no es, por cierto, algo novedoso. Pero la verdad es que ello adquiere una proyección inusitada —y esto es lo importante— al considerarla junto a la otra circunstancia que deseábamos mencionar: la expansión naval de la Unión Soviética. Los peligros que vislumbré entonces se han hecho ahora más evidentes, ya que los análisis actuales enfatizan el hecho de que el Pacto de Varsovia continua aumentando amenazadora-

* Trabajo presentado por el Señor Comandante en Jefe de la Armada, Almirante Don José T. Merino Castro, en el Sexto Simposio Internacional del Poder Naval, efectuado en el Naval War College, Newport, R.I., entre el 29 de junio y 1o de julio de 1981, con participación de los Comandantes en Jefe de las Armadas de 50 países, o sus representantes.

mente su capacidad militar y despliega sus fuerzas en forma global.

Si el intercambio comercial entre las naciones tiene ahora una dimensión universal, el surgimiento de una potencia con pretensiones mundiales de hegemonía adquiere una trascendencia única y muy distinta de la que representaba, en los siglos anteriores, la intención de una potencia imperial de proteger el comercio propio con sus colonias.

Así y todo, los conflictos coloniales y comerciales entre los países europeos, desde la época de los descubrimientos hasta la Primera Guerra Mundial, alcanzaron en ocasiones gran magnitud y, en no escasa medida, fueron decididos muchas veces en el mar. Los acontecimientos de entonces son suficientes para darnos una idea de la gravedad que podrían adquirir en el mundo actual los conflictos eventuales, derivados de una contraposición de intereses a escala universal. Los lazos comerciales vinculan ahora a las naciones más distantes y dispares; a la vez, hay una potencia con aspiraciones políticas de subversión, y geopolíticas de expansión, que no deja ningún lugar del orbe fuera de sus objetivos. Esos designios fueron sustentados por ella en forma tan coherente y sistemática como ha sido grande la desaprensión, la indiferencia y la incredulidad occidentales ante los mismos. El sentimiento de alivio y los anhelos de paz y bienestar material, que embargaron a los aliados occidentales después de la Segunda Guerra Mundial, no fueron compartidos por la Unión Soviética. Esta actitud de beligerancia —no siempre larvada, por lo demás— se puso, sin embargo, de manifiesto principal-

mente a raíz del formidable impulso que el Almirante Gorshkov dio a la Armada de su país.

Los motivos ideológicos y expansionistas se mezclaban allí inextricablemente, y el propio Gorshkov habló del principalísimo papel que correspondía a la Armada de la Unión Soviética en la construcción del comunismo en todo el mundo. Ningún paralelo tuvo en Occidente el esfuerzo soviético en este sentido, destinado a asegurarse un auténtico predominio en todos los mares y que dejaba muy atrás la concepción de una potencia terrestre en disposición de defender en mares inhóspitos solamente sus propias fronteras.

Una visión geopolítica universal indujo a la Unión Soviética a buscar innumerables puntos de apoyo logístico para sus Fuerzas Armadas, en general, y su Marina, en particular, obteniendo de ese modo no sólo ventajas estratégicas para el caso de un conflicto, sino también el acceso a nuevas fuentes de materias primas, que podría, a la vez, denegar a sus enemigos eventuales.

El mar Mediterráneo, el océano Índico, el mar Rojo, el golfo Pérsico, el Atlántico y el Pacífico, vieron proliferar los puntos en donde la Armada soviética establecía bases u obtenía algún tipo de facilidades para sus buques. Sus ejercicios navales adquirieron también una dimensión universal y, en conjunto, era fácil discernir en todo ello la elaboración de un esquema estratégico que ponía en jaque la seguridad de las líneas de comunicaciones marítimas, que son vitales para muchas naciones.

Ultimamente, la presencia de buques de guerra soviéticos en nuestro propio continente adquirió un matiz de agresividad a raíz de la visita realizada por cuatro de ellos a Cuba. El episodio fue acompañado por la advenencia de un vicealmirante soviético, en el sentido de que su país estaba dispuesto a defender "las conquistas del socialismo" en Cuba, según sus palabras textuales.

Las repercusiones americanas de esta actitud —que extienden hasta nuestro continente la aplicación de la llamada "doctrina Brezhnev" — no deben pasar inadvertidas, porque aquella no es accidental ni aislada, sino la continuación del pensamiento de Lenin, que declaró que "la paz es la guerra por otros medios".

En la actividad creciente de la Unión Soviética hacia los países que están comprendidos en el área fijada por nuestro Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, cabe destacar su presencia en favor del fortalecimiento militar de Cuba, su apoyo indirecto a la revolución de Nicaragua y al envío de armas a los guerrilleros de El Salvador. Estas actitudes se hacen aún más evidentes en la crisis de Afganistán y a raíz de los problemas internos de Polonia, país que se ha visto amenazado por los ejercicios en gran escala realizados en sus espacios marítimos, terrestres y aéreos por las fuerzas del Pacto. Las frases de Kruschev y del Almirante Gorshkov, que encabezaron mi trabajo del Cuarto Simposio, son, por lo tanto, nuevamente orientadoras en el tema que ahora expongo.

Hay una sentencia que leí no hace mucho, la cual fue pronunciada

por el rey Felipe II de España: "quien POSEA LA ISLA DE CUBA, TENDRA EN SUS MANOS LAS LLAVES DEL NUEVO mundo". Esta frase, dicha hace casi cinco siglos, tiene ahora un nuevo y siniestro brillo.

Es importante aquilatar el peligro que representa el control de ese país por parte de la Unión Soviética. Con una política inmutable, ella ha continuado su penetración en nuestro continente, libre y occidental, usando el mar como vía principal para sus propósitos expansionistas.

Además del punto de vista geopolítico, que considera el empleo de las fuerzas navales en el futuro, se hace cada vez más evidente el aumento de depredadores y contaminadores en todos los mares, protegidos por el espacio oceánico y por la falta de medios de las naciones costeras con extensos territorios, que necesitan proteger su patrimonio nacional. Es indispensable, por lo tanto, contar con fuerzas navales dotadas de la capacidad adecuada para oponerse a la expansión soviética, y con las características convenientes para defender la soberanía de los países ribereños de los piratas de estas últimas décadas del siglo XX.

Con respecto a mi país, que tiene bajo su soberanía el Estrecho de Magallanes y el Paso Drake, y cuyo territorio en sus 4/5 partes está conformado por el mar, incluyendo la Zona Económica Exclusiva —razones geográficas que lo hacen un país con destino marítimo— puedo reiterar que su política marítima se ha mantenido en forma invariable en los cinco últimos decenios. El carácter pionero de Chile

se destaca por la formulación del principio de las 200 millas para fijar la dimensión marítima de la soberanía de los Estados ribereños. Esta posición, mal que les pese a ciertas potencias, se está convirtiendo en una costumbre universal.

Junto al límite de las 200 millas de la Zona Económica Exclusiva de Chile, y también al sur del Cabo de Hornos, han navegado frecuentemente buques de la órbita soviética, no exentos de propósitos militares. La pesca masiva del krill en las regiones antárticas, por buques de la misma procedencia, es otro síntoma de una expansión naval y comercial en todos los mares del Nuevo Mundo.

Dos son, pues, los conceptos sobre el rol que deben desempeñaren en el futuro las Armadas del mundo libre: el primero, es de índole política y consiste en oponerse a la penetración del bloque soviético en América; el otro, es de carácter técnico y su objetivo es fijar normas para que las Armadas puedan proteger el patrimonio marítimo que le ha otorgado la geografía y le ha reconocido el derecho internacional. Estas son las razones que me han motivado para llamar la atención, de tan distinguida concurrencia, sobre el papel fundamental que tiene Chile en este doble contexto.

Las vías de comunicaciones naturales entre los dos océanos más grandes del mundo —el Estrecho de Magallanes y el Paso Drake— han tenido siempre un valor estratégico potencial. Su importancia ha variado con el tiempo. La apertura del Canal de Panamá hizo que el tráfico marítimo por esas partes meridionales del mundo disminuyera notablemente. Pero el

advenimiento de los grandes petroeros y el crecimiento natural de los países de Sudamérica han significado un aumento constante del tráfico marítimo en esa zona, generado por el desarrollo del comercio exterior. El año pasado, el número de barcos mercantes que cruzaron el Estrecho de Magallanes se triplicó con respecto a la pasada década. Más de 1.200 buques usaron esa ruta en el último año, sin contar los que han usado el Paso Drake.

Ante la eventualidad de no poder usar el Canal de Panamá, el tráfico mercante en el Estrecho de Magallanes y en el Paso Drake se vería incrementado en 4.500 naves anuales, con capacidad para transportar 50 millones de toneladas, de las cuales 25 millones corresponderían a petróleo. Ahora bien, en una confrontación entre el bloque soviético y los países de Occidente será necesario movilizar fuerzas navales del Pacífico al Atlántico, operación que envolvería la cifra de aproximadamente 100 buques, sólo por parte de la Armada de los ee. uu. de N.A.

De igual forma, considerando que las principales flotas soviéticas están en el área del océano Pacífico y mar Negro, mar Báltico y Artico, se prevé que el desplazamiento de unidades de una flota a otra sólo podría hacerse a través del Cabo de Buena Esperanza o del Cabo de Hornos, atendiendo al poco tiempo de utilización de las frías aguas nórdicas y la vulnerabilidad del Canal de Suez. Tomando en cuenta el considerable poderío marítimo de la u.r.s.s., tanto el de su fuerza de superficie, incrementada recientemente por los cruceros del

tipo *Kirov*, como el que representan los submarinos nucleares, cabe deducir que, con toda seguridad, usarán la ruta del Cabo de Hornos para lograr la supremacía en los diversos teatros de operaciones.

Vemos así confluír un gran número de buques mercantes y de guerra en esa parte del mundo, ya sea en una situación de crisis o en una confrontación mundial.

Si tomamos en cuenta que el ancho útil de navegación por el Paso Drake se ve disminuido a un total de aproximadamente 200 millas por la presencia de hielos, puede colegirse que su vigilancia y control no son un problema mayor, si se cuenta con medios adecuados para exploración. Las fuerzas navales y aeronavales que operen en la Paso Drake para estos fines sólo podrán basarse en el área de Magallanes, debido a las actuales condiciones logísticas y a la ausencia de instalaciones militares apropiadas.

Si no queremos tener unidades operando permanentemente en alta mar, con las dificultades logísticas que esta solución presenta, la única alternativa está en basar unidades de exploración y ataque en esa área. En este concepto estratégico deberíamos considerar la base principal de Punta Arenas, que tiene amplias y protegidas bahías de múltiples accesos y fondeaderos adecuados. Allí hay puntos de apoyo que pueden servir a las fuerzas navales de Chile y de los países amigos, dispuestos a defenderse y a combatir contra las fuerzas que amenacen al mundo libre.

Mencioné en un simposio anterior el rol que debían tener las Arma-

das comparativamente pequeñas para estructurar, dotar y proyectar sus fuerzas navales. Mencioné, también, la complejidad que presenta la falta de estandarización, ya sea por problemas económicos, políticos o técnicos. La intención acogida en el simposio de 1971, sólo hace una década, de construir una Fragata del Mundo Libre, se ha visto lamentablemente desestimada por el momento, al no llegarse a un acuerdo entre los países occidentales. Y si se llegara a un consenso siempre existirán las barreras de tipo político, negándose a los países menos desarrollados la transferencia tecnológica o la adquisición de determinado material para su defensa. En algunos casos, estos países han debido orientar sus compras al bloque comunista, con la consiguiente dependencia que esto significa. Muy distinto es el caso de los países que conforman el Pacto de Varsovia, donde existe una unidad de criterio y una uniformidad en los equipos.

Las fuerzas navales de nuestro continente deberán mantener, en la próxima década, la capacidad para ejercer su rol de asegurar en forma razonable el control de las comunicaciones marítimas y, al mismo tiempo, evitar que otras naciones adversarias las exploten en beneficio propio. En el caso de mi país, las unidades deben tener capacidad oceánica, buena autonomía y armamento adecuado para ejercer una labor de vigilancia, tanto en las importantes áreas de confluencia mencionadas anteriormente como a lo largo de sus aproximadamente 2.250,000 kilómetros cuadrados de superficie oceánica, sin considerar la Antártica e islas esporádicas. Esto nos ha llevado a iniciar un plan de cons-

trucción de buques en el país y en el exterior, con tecnología nacional e importada.

Especial preocupación en el último año ha sido el incremento de los pesqueros soviéticos y cubanos que operan marginalmente en el límite de la Zona Económica Exclusiva, los que en forma hábil están obteniendo los recursos alimenticios para su población y, al mismo tiempo, capacidad de recolección de información económica, científica y bélica, con apoyo de satélites espías. Ultimamente se ha detectado la actividad simultánea de más de 250 buques pesqueros soviéticos y cubanos en las áreas meridionales del Pacífico y del Atlántico, avanzando progresivamente hacia el Océano Austral y la Antártica, donde parece que ahora han hecho su centro de gravedad. Se estima que esto se debe, además de la riqueza ictiológica encontrada en las formaciones de plancton en las zonas heladas, a la intención de sentar un precedente favorable a través de su presencia en esa área y a la necesidad de contar con nuevos puntos de apoyo. Los países americanos que miran hacia el Atlántico no pueden ver sin inquietud con cuanta solidez y profusión la Unión Soviética se apoya en puertos africanos. Y las naciones del Pacífico, mirando hacia las costas occidentales de este océano, pueden comprobar un aumento de la presencia de los buques

soviéticos desde Vladivostok hasta Vietnam.

El desarrollo acelerado del poder naval soviético, que actualmente tiene sobre 620 unidades de combate con capacidad oceánica, incluyendo misiles-crucero y submarinos nucleares con misiles intercontinentales (i.c.b.m.), revela claramente un concepto estratégico de vastos alcances, destinado a lograr el control de las principales rutas marítimas en todos los mares del mundo. El interés demostrado por obtener posiciones estratégicas que permitan a sus fuerzas navales gravitar en los puntos neurálgicos, es muestra evidente de ello. El Estrecho de Magallanes y el mar de Drake no escapan, por lo tanto, a sus pretensiones expansionistas. No podemos cruzarnos de brazos y esperar que esto ocurra.

El padrón de la expansión, pues, tiene una claridad meridiana, y cabe preguntarse si ya no es hora de preparar a las fuerzas navales del mundo libre, en estas partes del globo, para enfrentar una amenaza universal.

Ello llama, como dije antes, a una estrecha colaboración del mundo occidental y hace necesario enfocar nuestros esfuerzos hacia la obtención de un balance de poder razonable, en los que cada región aporte su cuota de voluntad y de medios.

